

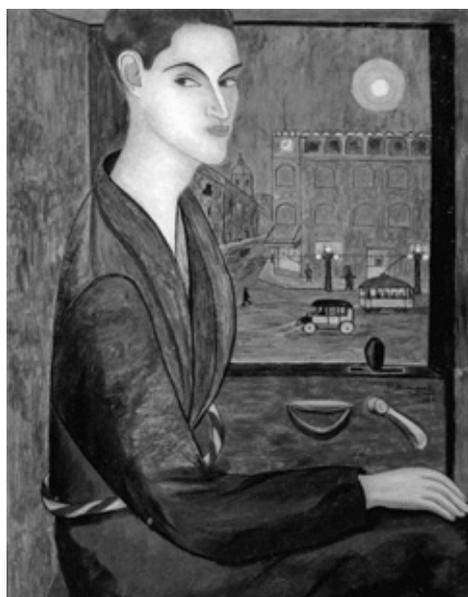
# A veces prosa Salvador Novo le escribe a una señora en Saltillo

Adolfo Castañón

I

El historiador y editor saltillense Javier Villarreal Lozano no sólo es responsable de la publicación de los tres tomos de *Memorias y diario* de Vito Alessio Robles (México, 2013), sino también de una correspondencia singular y entrañable a la que él ha sabido dar todo su valor: el libro *Mi querido Salvador Novo. Correspondencia de Dora Madero con el escritor*. Me decidí a hacer estas reflexiones por Salvador Novo mismo,<sup>1</sup> con quien tengo una deuda de lector y aun oyente, desde que lo vi llegar en abril de 1968 a la Preparatoria 6, con su peluca de los mar-

<sup>1</sup> Si el catálogo editorial del Fondo de Cultura Económica pudiera ser tomado como un indicio de la justicia de la república literaria en México, cabría decir que Salvador Novo no se ha visto demasiado castigado: véase la siguiente lista: *La guerra de las gordas*, 1963, 156 pp.; *Las aves en la poesía castellana*, 1954, 144 pp.; *Poesía*, 1961, 2004, 203 pp.; *Viajes y Ensayos I*, colección Letras Mexicanas, 1996, 891 pp.; *Viajes y Ensayos II. Crónicas y artículos periodísticos*, con notas introductorias de Sergio González Rodríguez, Antonio Saborit y Mary K. Long, hemerografía de Lligany Lomelí y cronología de Antonio Saborit, colección Letras Mexicanas, 1999, 667 pp.; *México: imagen de una ciudad*, fotos de Pedro Bayona, 1967, 214 pp.; *Los paseos de la ciudad de México*, colección Testimonios del Fondo, 1974, 2005, 103 pp.; *Seis siglos de la ciudad de México*, colección Archivo del Fondo, 1974; colección Popular, 1982, 2006, 135 pp., compilación de Salvador Novo; *Las aves en la poesía castellana*, colección Letras Mexicanas, 1953, 2005, 111 pp.; *Poesía y prosa* (casete y disco compacto), 2001 en la voz de José Luis Ibáñez, prólogo y selección de Carlos Monsiváis; *Nuevo amor y otras poesías*, colección Lecturas Mexicanas, 1984, 1992; colección Tezontle, 1995, 2001, 187 pp.; *La culta dama. Hoy invita la Güera* [Salvador Novo y Federico S. Inclán], colección Letras Mexicanas, 1956, 1997; colección Lecturas Mexicanas, 1984, 144 pp.; *Seis siglos de la ciudad de México*, 1974, 96 pp., compilación de Salvador Novo; *La estatua de sal*, con prólogo de Carlos Monsiváis, 2008, 204 pp.



Manuel Rodríguez Lozano, Salvador Novo, 1924

tes, su elegante traje gris Oxford, sus manos enjovadas, su fístol, mancuernas, reloj de molleja, pluma y demás quincallería que utilizaban las personas elegantes de aquella época. Novo me pareció, en aquel momento, una combinación de banquero y actor, de propietario de empresas de pompas fúnebres y de gran capitán de un restaurante de lujo. Supe más tarde que, en efecto, era el dueño de un lugar donde podían restaurarse los apetitos: La Capilla de Novo en Coyoacán. Entonces, sólo lo había leído en antologías, páginas sueltas y lo conocía sobre todo a través de su libro dedicado a la *Cocina mexicana*, salpicado de especies eruditas que sazonan la carne de la historia nacional.

La muchachada se arremolinó en torno a Novo y su auto negro de cuatro puertas con chofer; subió y bajó de la aparatosa carrocería cubriéndose del sol, resignado a esas impertinencias suscitadas por su buena-mala fama de persona notoria y notable.

*En memoria de Serge I. Zaitzeff (1940-2014)*

Esto sería meses antes de que, a fines de ese año, se pronunciara excusando al régimen de Gustavo Díaz Ordaz, luego de Tlatelolco. Novo estaba acostumbrado a ser un personaje controvertido y provocador desde su más temprana juventud: poeta, periodista, prosista, cronista, historiador, publicista, dramaturgo, consejero político, cocinero, director de teatro, aficionado a los viajes y a la buena vestimenta, renovador del periodismo, escritor de libros por encargo (ya fuese la historia de la fiebre amarilla o la de la aviación en México) y adepto de esa revolución civil, que continuara a principios del siglo XX André Gide al publicar su escandaloso libro *Corydon*, en el cual, para decirlo con la voz callejera mexicana, “se salió del clóset” y declaró abiertamente su gusto y preferencia por los jóvenes varones. Gide había seguido parte del camino del inquieto Oscar Wilde, precursor de esa revolución, personaje citado, por cierto, en algún momento de esta correspondencia por la perspicaz Dora Madero. Como se recordará, Gide pocos años más tarde escribió un *Retorno de la URSS* (1936) en el cual registraba las crueldades del régimen encabezado por Stalin. Esto lo puso en el centro del debate: se le acusó, por supuesto, de homosexual, anticomunista y cómplice de los norteamericanos. A partir de ese libro quedaría sellada la difícil aleación de la corrección política hacia la izquierda con la defensa y afirmación de los derechos de los homosexuales.

Traigo las figuras de Oscar Wilde y André Gide a cuento, pues me parece que la figura de *La estatua de sal*, esculpida por Salvador Novo para aludir al título bíblico de Carlos Monsiváis, no sabría desligarse de

las siluetas que proyecta esta significativa correspondencia en su tramoya y entrelíneas, y cuya figura central es la de la autoridad del escritor y del escritor como autoridad, la del individuo capaz de mover a los hombres de poder en torno a los proyectos propios o adoptados —como fue el caso de los que él apadrinó en beneficio de Dora Madero, precursora de la divulgación cultural y literaria en Coahuila y Saltillo.

## II

La carta es uno de los géneros literarios más antiguos y versátiles en la historia. Cartas han sido desde los Evangelios hasta las novelas epistolares de Rousseau o Pierre Choderlos de Laclos. La carta puede ser manifiesto político, como en el caso de la “Carta de Jamaica” de Simón Bolívar, o relación histórica, crónica, como sería el caso de las *Cartas de relación de la conquista de México* de Hernán Cortés. A través de las cartas se pueden tener vislumbres de la entraña más íntima de una sociedad. De ahí que historiadores, como don Francisco del Paso y Troncoso, se hayan dedicado a recoger en un espejo de casi 20 tomos el alma de una sociedad: tal es el caso del ilustre título *Epistolario de la Nueva España 1505-1818* (Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos, 1942), compilado por el ilustre pariente del no menos ilustre novelista Fernando del Paso. La idea de cosechar en un volumen cartas de personajes notables y anónimos, para capturar el pulso de una sociedad en un momento determinado, fue puesto en práctica en Alemania en 1936 por el filósofo Walter Benjamin, en el libro titulado *Alemanes*.<sup>2</sup> Se trata de una serie de cartas en las que Benjamin buscaba recoger las expresiones más características de ese país en el siglo comprendido entre 1783 y 1883. Por cierto, en un número reciente de la revista francesa *Europe* se incluye un artículo de la investigadora y escritora mexicana Esther Cohen.

Uno de los proyectos que se dibujan en la blanda materia de mis presentimientos

<sup>2</sup> Walter Benjamin, *Allemands. Une série de Lettres* (1936), Éditions de L'Encyclopédie des Nuisances, Paris, 2012.



es el armar algún día un epistolario inspirado en los citados para tratar de narrar, a través de cartas y correspondencias, los avatares a que se ha visto expuesta en nuestro país la cultura y su organización civil y política. En ese acervo convivirían cartas de Justo Sierra, Daniel Cosío Villegas, José Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri (autor saltillense que curiosamente no mencionan ni Novo ni Madero), Xavier Villaurrutia, José Gorostiza, Jorge Cuesta, Manuel Rodríguez Lozano, Jaime Torres Bodet, Octavio Paz, Carlos Pellicer y, desde luego, Salvador Novo con algunas de las que Javier Villarreal Lozano incluye en este volumen. Podría además haber cartas de José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, José Luis Cuevas, Carlos Fuentes, entre muchos otros. Es conocida la afición de algunos gobernantes a la lectura de cartas como una especie de gimnasia mental para “salir a la calle”. En otros tiempos, los reyes eran grandes lectores... de cartas...

## III

Cuando Dora Madero escribe la primera de estas cartas, el 5 de febrero de 1959, Salvador Novo López, nacido en la Ciudad de México el 30 de julio de 1904, tenía 55 años y traía atrás una carrera mara-

tónica como escritor y animador cultural; moriría en la Ciudad de México, el 30 de julio de 1974. Ese curso tumultuoso se puede rastrear a través de sus siete pseudónimos periodísticos (Caballero Carta Blanca, Cronos, Dip, Aureliano Mariátegui, El niño Fidencio, Radiador, Carmen Reyes), con los que colaboró en periódicos y revistas, cultos y no tan cultos, de *Contemporáneos* y *México Moderno* a *El Chafirete*, periódico del gremio de los choferes de camiones y autobuses; luego de haber colaborado en distintas oficinas públicas como editor y adaptador, por ejemplo, del primer tomo de *Lecturas clásicas para niños*, de la SEP, con Vasconcelos, se dedica, en los años treinta, al periodismo independiente, la crónica de actualidades y la crítica teatral. Sin embargo, a partir de 1946, casi una década antes de iniciada esta correspondencia, es nombrado primero jefe del Departamento de Teatro del INBA (1946-1952) y, luego, director y profesor de actuación de la Escuela de Arte Dramático del INBA (1956), amén de haber firmado obras como dramaturgo, desde *La culta dama* (1951). Desde los tiempos en que había fundado con Xavier Villaurrutia y Antonieta Rivas Mercado el Teatro Ulises, la vida de Novo está asociada al teatro. Más todavía, desde edad muy temprana, el niño que fue Salvador Novo López, lo sabemos, se divirtió jugando al teatro allá en Torreón, donde vivió de los seis a los doce años y cursó la primaria; esa diversión es, en cierto modo, el hilo conductor que nos permite seguir a su minotauro interior por el laberinto de las actualidades y las efemérides en que se complacen sus asombrosos minutarios en que registra día a día la vida en México en los seis sexenios de seis presidentes sucesivos de la República, obra titánica comparable, en cierto modo, a las *Memorias del Duque de Saint-Simon*, ese diario público de la Francia clásica en el que quizá se inspiró Emmanuel Carballo.

A principios de 1959, cuando Dora le escribe a don Salvador, este llevaba algunos años de pertenecer a la Academia Mexicana de la Lengua, a la que había ingresado en 1953, con el discurso “Sobre las aves en la poesía mexicana”. Es cierto que no tenía en ese momento ningún cargo público propiamente dicho; pero era un escritor influ-

yente y prestigioso, cuya fama se asentaba en su poesía provocadora, sus sugerentes ensayos y en esa panorámica titulada *Nueva grandeza mexicana*; había sido editado, traducido y antologado en México y fuera de México, y su teatro había sido representado en múltiples foros y escenarios, aunque, hay que admitirlo, no había llegado a tener el éxito que tuvo Rodolfo Usigli. Novo era un clásico en vida, mientras que Dora Madero, la hija del gobernador y general Raúl Madero González, pertenecía a una de las familias más influyentes y arraigadas del norte de México desde el siglo XIX. Una familia cuyos destinos se encuentran inextricablemente asociados a la historia de Coahuila y de Texas, a las guerras fronterizas y a la guerra de Texas en 1847. Los Madero pertenecían a la aristocracia criolla y semifeudal de aquella región. La familia Madero, sin embargo, se caracterizó siempre por su pronunciado nacionalismo. A quien se haya asomado a la historia familiar de *Los Madero. La saga liberal. Historial del siglo XIX*,<sup>3</sup> no le puede extrañar en modo alguno que la flor más fina de ese árbol genealógico haya sido la del presidente mártir, visionario, teósofo y médium, Francisco I. Madero, consanguíneo pariente de Dora.<sup>4</sup> Este libro podría inscribirse en la órbita de esa larga cauda familiar.

Hay que admitirlo: Dora Madero es un avatar de la mujer educada e inquieta, viajera y cosmopolita, como lo fue en Argentina la escritora y mecenas Victoria Ocampo o, más precisamente, como lo serían algunas de sus cofrades en la Sociedad de Amigos del Arte, que animó la ciudad de Buenos Aires a principios del siglo XX. A Dora Madero se le debe que se haya organizado en Coahuila un instituto de cultura y que haya prosperado en aquella región el teatro y, en general, la divulgación de la cultura. Como recuerda el prologuista, hubo unos años antes un momento que funcio-

<sup>3</sup> Manuel Guerra de Luna, *Los Madero. La saga liberal. Historial del siglo XIX*, Editorial Siglo Bicentenario, Monterrey, 2009, 708 pp.

<sup>4</sup> Cfr. María Elena Santoscoy, Laura Gutiérrez, Martha Rodríguez, Francisco Cepeda, *Breve historia de Coahuila*, El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas/Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 327.

no como un detonador de estas iniciativas: el traslado de los restos del poeta Manuel Acuña, de la Ciudad de México a la Ronda de los Hombres Ilustres en Saltillo, para lo cual se organizaron distintos actos como un concurso de poesía que ganaría Salvador Novo, y otro de corrido cuyo triunfo correspondería a Miguel N. Lira. Al parecer, los ecos de esos episodios fueron tan poderosos que movieron a Dora y a sus amigas a tratar de “mover a Saltillo”, como ahora se trata de “mover a México”.

Desde luego, Dora Madero lograría sus objetivos —y algo más: la amistad de Salvador Novo, una joya de la cual no podían ufanarse muchos otros.

El 21 de marzo de 1961 Dora Madero le escribe a Salvador Novo que acaba de leer su obra, estrenada apenas un mes antes *Yocasta —o casi—*,<sup>5</sup> cuyo protagonista se llama Dora, Dora Lamont. El 16 de noviembre de 1960 le escribía con delicadeza: “Nunca se ha portado mal con Dora Madero, quien se siente halagada de pensar que a fuerza de la coincidencia de los nombres, al crear a su Dora Lamont, tenía necesariamente que haberla recordado” (p. 70). La alusión formulada con gran tacto, apunta al hecho de que tras la comedia mitológico-simbólico-psicoanalítica —en el estilo del teatro de la época, de Giraudoux a Camus y Anouilh— hay un punto de convergencia y contacto entre la pieza *Yocasta —o casi—* y la correspondencia entre Dora Madero y Novo reunida en este libro. Un desafío para la crítica literaria futura sería el de tratar de establecer coincidencias y alusiones entre ambos textos cuya materia clave en el trasfondo es el teatro y la posibilidad o imposibilidad de enseñarlo. A petición de Dora Madero, Novo le envía un buen número de obras sobre la historia y el arte del teatro a esta joven “Electra” cuyo padre podría ser Novo, aunque quizá Novo, dado su particular talante, se habría sentido más bien una figura materna ante la emprendedora Dora. Una crítica gentil a Javier Villarreal para una próxima edición quizá cabría ayudar al lector con una nota histórica sobre la obra *Yocasta —o casi—*, que es el punto de intersección más visible

<sup>5</sup> Salvador Novo, *Yocasta —o casi—*, Novaro, México, 1973, 125 pp.

y tangible entre esta correspondencia y la obra de Novo.

#### IV

“¡El desierto, el desierto, el desierto!”: estos versos del *Idilio salvaje* de Manuel José Othón aparecen citados por Villarreal en el curso de las cartas. No sé si con razón. Cuando uno se encuentra en el desierto, realmente en medio de la inmensa y abrasadora planicie, lo primero que se siente es un vértigo, el silencio que zumba y crece alrededor. Sin embargo, poco a poco, a medida que uno se familiariza con ese espacio, los sentidos empiezan a advertir por aquí un zumbido de chicharra, por allá un eco de la tierra que se desmorona al paso fulgurante de una lagartija o una víbora, más allá el eco de una rama arrastrada por el viento... El desierto está más poblado de lo que aparece a primera vista. Y en su hábitat conviven el cacto y la culebra, el espejismo y la gota que cae de la nada. El desierto: pueblo chico, infierno grande. En la edad sin edad de la aldea global el averno es ubicuo.

Esta correspondencia de Salvador Novo y Dora Madero me ha recordado las experiencias del desierto. Al final de sus páginas, como quien siente caer el atardecer, se advierte en el ambiente una cierta melancolía. Los deseos se han cumplido. El tiempo ha pasado. Salvador Novo es ahora el nombre de una calle, y Dora el nombre de un personaje de la obra dramática más atrevida de Novo: *Yocasta —o casi—*. Del desierto nos hemos traído un par de guijarros. Quedan sobre la mesa unas cartas que quizás algún día, gracias a un dramaturgo con talento, podríamos ver transformadas en un entremés teatral y aun cinematográfico, en el cual se entrelinearan la historia privada y la historia pública a través de la dramatización de esta correspondencia entreverada con la de la puesta en escena de la obra *Yocasta —o casi—*, escrita al fino socaire de estas páginas. **U**

Texto de presentación del libro *Mi querido Salvador Novo. Correspondencia de Dora Madero con el escritor*, recopilación, notas, introducción y prólogo de Javier Villarreal Lozano, Instituto Municipal de Cultura, Saltillo, 2013, 128 pp.